

otra vez á la realidad. Estremeci6se su coraz6n de angustia y de espanto; y pensando que muy bien pudiera ser aqu6lla la 6ltima noche en que le fuera dado ver á Ligia, se dirigi6 apresuradamente á casa del inspector de las fosas *hediondas* para que le diera la contraseña. Pero 6ste se neg6 en redondo á complacerle.

—Perdona, se6or— le dijo;— he hecho por ti cuanto estaba en mi mano; pero no quiero ni debo poner en riesgo la vida. Esta noche ser6n sacados de la c6rcel los cristianos para llevarlos á los jardines del C6sar; con este motivo entrar6n en los subterráneos muchos soldados. Si alguno de 6stos te reconociese me perderia yo y perderia á mis hijos.

Vinicio comprendi6 que era in6til insistir; pero con la esperanza de que los pretorianos, ya acostumbrados á verle entrar en la c6rcel, le dejarian pasar sin la contraseña, al caer la tarde, vestido como de costumbre, se dirigi6 al Esquilino. Por su desgracia, aquel dia el examen de las t6seras era mucho m6s escrupuloso, y el centuri6n Scevino, hombre muy severo y devoto del C6sar, encargado de esta tarea, le reconoci6. No obstante, dentro de aquel pecho cubierto de hierro quedaba una chispa de compasi6n por las desventuras humanas, y, en vez de dar la se6al de alarma golpeando con la lanza el escudo, llam6 aparte á Vinicio y le dijo:

—Vu6lvete á tu casa, se6or. Te he reconocido; pero callar6, porque de lo contrario fuera causante de tu desgracia. No puedo dejarte entrar; m6rchate, y ¡quieran los dioses concederte la paz del alma!

—Si no puedes permitirme el paso— respondi6 Vinicio— consi6nteme al menos que permanezca aqui para ver á los prisioneros cuando salgan.

—No me impide acceder á esto la consigna— respondi6 Scevino.

Qued6se el tribuno en la puerta, esperando á que salieran los condenados. La media noche seria cuando se abrieron las puertas, y en seguida aparecieron largas hileras de prisioneros, en las que iban hombres, mujeres y ni6os, escoltados por pretorianos. La noche era serena y la claridad de la luna permitia ver no s6lo la figura, sino tambi6n el semblante de los que salian, formados de dos en dos, en medio del solemne silencio de la noche, turbado 6nicamente por el ruido de las armaduras. Eran tan largas las hileras, que Vinicio pudo muy bien creer

que los subterráneos habian quedado vacios. Distingui6 al m6dico Glauco entre las victimas que salieron en 6ltimo t6rmino; pero no vi6 á Ligia ni á Oso.

V

No habian descendido a6n sobre Roma las sombras de la noche y ya la multitud afluia á grandes oleadas á los jardines del C6sar. Con el traje de los dias de fiesta, coronado de flores, alborozado, ebrio en su mayor parte, el pueblo romano iba á presenciar un nuevo y *magnifico* espect6culo. En la via *Tetta*, en el puente de Emilio, m6s all6 del Tiber, en la via Triunfal, en las inmediaciones del circo de Ner6n y hasta en la colina Vaticana resonaban de continuo los gritos: ¡*Semaxii!* ¡*Sarmentitii!* Ya otras veces los romanos habian visto arder, atados á sendos postes, vestidos con la t6nica *molesta*, á hombres condenados á muerte, pero jam6s un espect6culo semejante, en que fueran tantas las victimas. El C6sar y Tigelino, para acabar con los cristianos y atajar el paso á la propagaci6n de la peste carcelaria, habian ordenado que se evacuaran todas las prisiones, sin dejar en ellas m6s que á algunas docenas de cristianos destinados á los 6ltimos juegos.

La primera impresi6n de la gente, al entrar en los jardines, era de estupor. A lo largo de todas las calles principales y transversales, en las plazoletas, en medio de la espesura de los 6rboles, al rededor de los prados cubiertos de c6sped, de los lagos, de los estanques, de los bosquecillos, de los cuadros llenos de flores, se levantaban postes untados de resina, con cristianos atados en la parte superior. Desde lo alto de los cerrillos, en que la vista no era interceptada por los 6rboles, veianse largas filas de palos, cada uno con un cristiano, adornados de flores, de yedra y de mirto; interminables hileras que seguian las sinuosidades del terreno, subiendo á los monticulos, bajando á las hondonadas, y prolong6ndose en t6rminos que, mientras los m6s pr6ximos parecian m6stiles de navio, los m6s lejanos daban la idea de lanzas clavadas en el suelo.

El n6mero de victimas superaba á cuanto podian apetecer los amantes de la grandiosidad en los espect6culos. Hubi6rase dicho que un pueblo entero, que toda una raza era sacrificada

inhumanamente para divertir á Roma y al César. En torno de los cristianos que llamaban la atención ó por su aspecto, ó por su edad, ó por su sexo, formábanse grupos que contemplaban los semblantes, las coronas de rosas, los festones de yedra; y, por doquiera, las personas con un átomo de buen sentido ó de piedad preguntábanse maravilladas: «¿Es posible que sean tantos los culpables?... ¿Quién va á creer que prendieran fuego á Roma tiernas criaturas que apenas pueden andar por sí solas?», y la duda, y el asombro cedían el puesto al horror.

La noche extendía su negro manto sobre los jardines y empezaban á brillar en el firmamento las primeras estrellas cuando se acercó á cada condenado un esclavo con una antorcha encendida. Poco después resonaron en varios puntos de los jardines los sonidos de las bocinas para anunciar el comienzo del espectáculo. Los esclavos prendieron fuego á la paja, impregnada de pez y cubierta de flores, puesta en la parte baja de los postes, y la llama se propagó con rapidez, serpenteando con claridad vivísima, por las ramas de yedra y de mirto, y prendió en los postes empezando á lamer los pies de las víctimas. La muchedumbre enmudeció, y al cesar sus confusos rumores oyóse un alarido angustioso, formidable, formado por millares de gritos de dolor. Sin embargo, algunas de las víctimas, alzando los ojos al cielo tachonado de estrellas, entonaron serenamente himnos en loor de Cristo. El pueblo escuchaba en silencio... y cuando se unieron á los cánticos los gritos desgarradores de los niños que, desde lo alto de los palos, decían: «¡Mamá! ¡Mamá!» el horror y el espanto helaron hasta los corazones más endurecidos. Todos los espectadores, aún los beodos, se estremecieron y conturbaron á la vista de aquellas cabezitas, de aquellos rostros infantiles contraídos por el dolor ó velados por el humo que habia ya empezado á sofocar á las víctimas. Las llamas iban ascendiendo siempre, devorando una á una las guirnaldas de yedra y de rosas. Ardían los caminos, los bosquecillos, los prados cubiertos de césped, los cuadros esmaltados de flores; despedían reflejos de fuego los lagos y los estanques; estaban teñidas de púrpura las temblorosas copas de los árboles, y era tan grande la claridad, que hubiera podido creerse que procedía del sol y no de las antorchas.

Los hedores acres de la carne quemada llenaron el ambiente; pero los esclavos se apresuraron á echar mirra y áloes en los pebeteros colocados entre los postes. De la enorme y compacta

multitud salieron diversos gritos: ya de asombro, ya de salvaje alegría, ya de compasión; gritos que iban en aumento y acabaron por generalizarse, convirtiéndose en clamoreo, mientras las llamas envolvían codiciosamente los postes, y lamían con sus voraces lenguas el pecho de las víctimas, y ensortijábanles los cabellos con su soplo ardiente, y velaban los semblantes ennegrecidos, y, por último, se elevaban á considerable altura, para dar testimonio del triunfo de la fuerza que habia ordenado encenderlas.

Apenas principiado el espectáculo, se presentó el César en una espléndida cuadriga circense tirada por caballos blancos. Llevaba un traje de auriga, de color verde, que era el del partido de Nerón y toda su corte en las carreras. Seguíanle magníficos carros llenos de augustales lujosamente ataviados, de senadores, de sacerdotes, de bacantes ebrias, coronadas de rosas, con ánforas llenas de vino, y que daban continuamente agudos gritos de loca alegría, y escoltábanle grupos de faunos y sátiros, tocando cítaras, laúdes, flautas y bocinas. Venían después en otros carros las matronas y las jóvenes pertenecientes á las familias patricias. A ambos lados de este cortejo danzaban *efebos* (1) agitando tirsos adornados con cintas, mientras otros tocaban cítaras, y otros esparcían flores bajo los pies de los caballos.

Todo este magnífico cortejo avanzó por la calle principal del jardín, infestado de humo acre y espeso, gritando alborozadamente ¡*Evohé!* ¡*Evohé!* Al lado del César iba, además de Tigelino, el flamante augustal Quilón Quilónides, cuyo terror, expresado con muecas ridículas, divertía sobremedera al primero. Mas no era éste el único solaz del dueño del mundo: llevaba los caballos al paso para deleitarse en la contemplación de los cuerpos que ardían, y complaciase también en escuchar las aclamaciones estruendosas de la plebe. De pie sobre la dorada cuadriga, que por sí mismo guiaba, rodeado de la rumorosa muchedumbre, que se inclinaba ante él á su paso, entre los fulgores de las llamas siniestras, ceñida la frente por la áurea corona del vencedor en los juegos del Circo, dominando como un gigante á los cortesanos y á la plebe, con las manos monstruosas tendidas para sostener las riendas, parecía bendecir á la multitud, humildemente postrada. En su

(1) Adolescentes.

rostro de luna llena, en sus ojos vivos y pequeñuelos, vagaba una sonrisa, y, refulgente como el sol ó como un dios, proseguía su camino, horrendo, pero grandioso é imponente.

De cuando en cuando paraba los caballos para contemplar más á su sabor alguna víctima, ora á una jovencita de miembros delicados y tiernos, horriblemente devorados por las llamas, ora á un niño que, lamido por las lenguas de fuego, contraía espantosamente el rostro angelical. Y continuaba luego su camino con el magnífico, ebrio, tumultuoso, desenfrenado cortejo, ya saludando á la multitud, ya hablando con Tigelino.

Así llegó á la fuente monumental, situada en el cruce de las dos calles principales del jardín. Después de hacer una seña al séquito bajó de la cuadriga y se mezcló con la muchedumbre, que le acogió con aclamaciones y frenéticos aplausos. Los senadores, augustales, sacerdotes, bacantes, sátiros, faunos y buen número de soldados le rodearon como para defender su persona. Y él, llevando á un lado á Tigelino, al otro á Quilón, dió la vuelta á la fuente, alrededor de la cual llameaban unas cien antorchas. Parábase ante las víctimas, emitía sobre ellas juicios y observaciones, mofábase del griego, en cuyo semblante se reflejaba el terror.

De esta suerte llegaron á un poste más alto que los otros, adornado aún de yedra y mirto. Las llamas apenas llegaban á las rodillas del mártir; pero no se le podía ver el rostro porque lo envolvía en densa nube el humo de las ramas verdes, que empezaban á arder. Un ligero soplo de aire dispersó de pronto el humo, y apareció ante los ojos de los espectadores la faz severa de un viejo de barba plateada. Al verla, á Quilón se le contrajo el cuerpo, como serpiente herida, y dió un grito ronco, profundo, más semejante á graznido de cuervo que á voz humana:

— ¡Glauco! ¡Glauco!

En efecto, era el médico Glauco quien ardía en lo alto del mástil.

Vivía aún, y con el rostro inclinado, contraído por el dolor, contemplaba fijamente á su verdugo, al miserable que, no contento con robarle mujer é hijos, con venderle á unos bandideros, y á pesar de haberle sido todo esto perdonado en nombre de Cristo, le había denunciado y puesto en poder de los pretorianos. Jamás hombre alguno pudo hacer á otro injuria más cruel y sangrienta y ¡he aquí que la infeliz víctima

estaba ardiendo, y el verdugo á sus plantas, mirándole con terror!

Tenia Glauco los ojos clavados en Quilón. A veces el humo velaba el rostro del anciano médico; mas, al menor soplo de aire, el griego veía de nuevo aquella mirada fija, penetrante, obstinada. Quiso huir; pero no pudo.

Las piernas le pesaban como si fueran de plomo, y una mano invisible, una fuerza sobrenatural, le retenía, inerte cual piedra, al pie del mástil inflamado. Experimentaba la rara sensación de que algo se agrandaba dentro de su ser, y le oprimía el pecho, y le desgarraba alguna entraña; sentía como que la sangre derramada le ahogara; cual si las torturas por su culpa sufridas le destrozaran el cuerpo; un desfallecimiento como precursor de la muerte; y el César, la corte, el pueblo, desaparecieron de sus ojos, y vió sólo las densas é impenetrables tinieblas de una noche espantosa, sin esperanza, sin luz, desde el fondo de la cual le miraban los ojos del moribundo, invitándole á comparecer ante el Juez Supremo...

Inclinando cada vez más la cabeza, Glauco seguía mirando fijamente á Quilón. Todos los circustantes comprendieron que entre aquellos dos hombres se había entablado un diálogo mudo, pero terrible; y las sonrisas se extinguieron en los labios cuando se vió el semblante de Quilón desfigurado de suerte que no parecía sino que el fuego ardiese en su cuerpo. De pronto vaciló, y tendiendo los brazos, gritó con voz terrible, desgarradora:

— ¡Glauco!... ¡En nombre de Cristo, perdóname!

Reinó en torno profundo silencio.

Los circustantes, estremecidos por el terror, volvieron los ojos hacia el moribundo, el cual movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y con voz muy apagada, que parecía un gemido, dijo:

— ¡Te perdono!...

Quilón se arrojó al suelo, prorrumpió en alaridos, como fiera herida, y cogiendo con ambas manos puñados de arena empezó á echárselos á la cabeza para expresar su desesperación. En tanto, la llama subió más arriba, envolvió el pecho y el rostro de Glauco, le deshizo la corona de mirto ceñida á las sienes y prendió en las cintas que adornaban el remate del palo, el cual fulguró con luz deslumbrante.

De pronto Quilón se puso de pie. Tan desfigurada estaba su cara que los augustales creyeron tener delante á otro hom-

bre. Brillaban sus ojos de extraña manera, ofrecía su arrugada frente insólita serenidad. El hombre flojo, cobarde, abatido un minuto antes, parecían ahora un sacerdote inspirado por dios, que iba á revelar verdades arcanas.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco?—preguntábanse unos á otros.

Quilón, volviendo el rostro hacia el pueblo, levantó la diestra, y habló, mejor dicho, gritó con voz tan robusta y vibrante, que no solamente los augustales, sino toda la multitud pudo oírla:

—¡Pueblo de Roma! ¡Juro por mi cabeza que cuantos mueren aquí son inocentes; que no ha habido más incendiario que ese!...

Y con el brazo tendido señalaba á Nerón.

Siguió á estas palabras sepulcral silencio. Los cortesanos parecían petrificados, y el griego, con la mano temblorosa, continuaba señalando al César. Mas de repente se produjo un tumulto espantoso. La muchedumbre, como ola impelida por ráfaga violenta de aire, se adelantó hacia el viejo para verle mejor. Oyéronse algunas voces que gritaban:

—¡Prendedle!

Y otras que decían:

—¡Ay de nosotros!

Pero en breve se sobrepusieron á estas voces las imprecaciones y silbidos, que resonaron con fragor de huracán.

—¡Barbarroja! ¡Matricida! ¡Incendiario!

El tumulto se hacía cada vez más formidable. Algunos de los mástiles llameantes se rompieron, cayendo al suelo y despidiendo en torno millares de chispas. La ciega y furiosa muchedumbre se apoderó de Quilón y lo empujó hacia el fondo del jardín.

Extinguiáanse las llamas, y caían los postes convertidos en tizones en medio de las calles, llenándolas de pavesas, de humo y de olor de leña y de carne quemadas. Se apagaron al fin todas las luces, así las próximas como las lejanas, y las tinieblas poblaron el jardín. Oleadas de gente ansiosa, inquieta, taciturna, agitada, se agolpaban á las puertas, apresurándose á salir. La noticia de lo ocurrido pasaba de boca en boca, exagerándose y deformándose. Algunos afirmaban que el César había perdido el sentido; otros que se había confesado autor del incendio; otros que había contraído súbitamente grave en-

fermedad, y no faltaba quien dijera que había sido sacado de los jardines, sobre su carro, ya cadáver. Acá y acullá se oían palabras de conmiseración para los cristianos. «Si no eran ellos los incendiarios, ¿por qué tan injusta efusión de sangre? ¡Ah! ¿No vengarían los dioses la muerte de tantos inocentes? ¿Con qué *piacula* podría calmarse su enojo?» Las palabras *innocia corpora* eran repetidas con insistencia; las mujeres lloraban por la suerte de los infelices niños arrojados á las fieras, crucificados ó quemados; y muy pronto á los sentimientos de piedad para los cristianos se sobrepusieron los de odio contra el César y Tigelino. También había personas que decían para sí ó preguntaban á otras:

—«Pero ¿quién es ese Dios que tales alientos infunde á esos hombres para soportar el martirio y la muerte?» Y entraban pensativos en sus casas.

Quilón, sin saber á donde dirigirse ni qué hacer, vagó por el jardín durante un buen espacio de tiempo. Sentía de nuevo la debilidad de su vejez decrepita. A cada punto tropezaba con cadáveres no carbonizados del todo y con postes que ardían aún y le arrojaban nubes de pavesas al rostro. Cuando se le agotaban las fuerzas sentábase, mirando con inquietud á uno y otro lado. La obscuridad era profunda; mas por entre las ramas de los árboles se filtraban los rayos de la luna, que acababa de salir, iluminando apenas los senderos, los palos ennegrecidos que habían caído y los informes cuerpos de los mártires. Pero á Quilón le pareció que la luna le miraba fijamente con los ojos de Glauco, y esquivó la luz. Por último, salió de las tinieblas, y, mal de su grado, como atraído por una fuerza sobrenatural, enderezó sus pasos hacia la fuente junto á la cual Glauco había entregado su alma á Dios.

De pronto sintió que le tocaban en el brazo. Volvióse sobresaltado, y se encontró delante de un desconocido. No pudo reprimir un grito de espanto.

—¿Quién va?... ¿Quién eres?...

—El Apóstol Pablo de Tarso.

—¡Estoy maldito!... ¿Qué quieres de mí?...

—Quiero salvarte...

Quilón se apoyó contra un árbol, pues le temblaban las piernas.

—¡No hay salvación para mí!—dijo con voz sorda.

—¿Ignoras acaso que Cristo perdonó al ladrón arrepentido

cuando estaba ya en la cruz? Yo presencié tu arrepentimiento y te oí atestiguar la verdad...

— ¡Oh, señor!

— Y si un siervo de Cristo te ha perdonado en el momento de sufrir el martirio ¿cómo quieres que no te perdone el mismo Cristo, la Infinita Bondad?

Quilón se cogió la cabeza entre ambas manos, y dijo:

— ¿Perdonarme?... ¿á mí?... ¿á mí perdonarme?...

— Te he dicho que Dios es la Infinita Misericordia...

— ¿A mí?... ¿á mí perdonarme?... — repetía Quilón gimiendo, como un hombre á quien se le han acabado las fuerzas y no puede luchar ya con su dolor.

Pablo añadió:

— Apóyate en mi brazo y ven conmigo.

Obedeció el griego, y el Apóstol le llevó al cruce de las dos grandes calles del jardín, donde se hallaba la fuente, la cual, con su murmullo, parecía llorar á las víctimas en la quietud solemne de la noche.

— ¡Si! — repetía Pablo — Nuestro Dios, el Dios único, es la Infinita Misericordia. Si tú, desde la orilla del mar, fueras arrojando piedras en el agua, ¿crees que llegarías á llenarlo? Pues en verdad te digo que la Misericordia Divina es inmensa como el mar, y los pecados de los hombres se sumergen en ella como las piedras en los abismos del océano. Es como la bóveda del firmamento extendida por encima de los montes y los valles y los collados y las aguas, porque donde quiera está presente y no tiene límites. Tú has sufrido, has llorado delante de Glauco moribundo y el Redentor ha visto tus sufrimientos, ha contado tus lágrimas. Sin tener para nada en cuenta lo que mañana te espera, has dicho: «Los que mueren son inocentes; ¡éste es el incendiario!» y Cristo se acuerda ahora de tus palabras. No anidan ya en tu corazón la iniquidad y la mentira, porque de él han sido expulsadas por el arrepentimiento. Escucha bien lo que ahora voy á decirte: también yo le odié, también yo perseguí con saña á sus elegidos; ni le amaba ni creía en Él; pero vino un día en que se me apareció y me llamó hacia Si. Desde entonces es mi amor... Y á ti también ahora te ha visitado con los remordimientos, las angustias, las penas, para que vayas á Él. Tú le odiabas y Él, sin embargo, te amaba; tú entregaste su rebaño á los lobos, y, no obstante, Él te perdona y te salva.

El llanto destrozaba el pecho del infeliz, y Pablo poco á poco se enseñoreaba de su corazón y le guiaba como un soldado que conduce un prisionero.

— ¡Sigueme, y yo te llevaré hacia Él! ¿Con qué otro fin habría yo venido á encontrarte? Él me confió la santa tarea de recoger almas en nombre del Amor, y cumplo su voluntad. Piensas estar maldecido, y yo te digo: cree en Él y serás salvo. Imaginas que Él te odia, y yo repito que te ama. ¡Mirame á mí! Antes que Él me poseyera, mi corazón era esclavo de la iniquidad y con la iniquidad se alimentaba; mas ahora su Amor está dentro de mi alma y ha reemplazado á mi padre, á mi madre y la ambición de riquezas y de poder. Únicamente Él es refugio seguro de los hombres; Él el único capaz de comprender tu dolor, de subvenir á tu miseria, de consolarte, de atraerte con piedad inagotable hacia Si.

Y hablando de esta suerte, Pablo llevó á Quilón á la fuente central, cuyos surtidores argénteos brillaban á la luz de la luna. El silencio era profundísimo. Los esclavos habían sacado ya los cadáveres y hecho desaparecer todo vestigio de las siniestras antorchas.

Quilón dió un gemido, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos, mientras Pablo, levantando los ojos al cielo, decía así:

— ¡Señor! mira á este desdichado arrepentido y contrito... ¡Dios misericordioso, que derramaste tu preciosísima sangre para redimirnos del pecado, por tu pasión y muerte, por tu resurrección, perdónale!...

Calló, sin dejar de mirar al cielo esmaltado de estrellas y de orar mentalmente, con fervor. Al fin oyó á sus pies una voz débil, como un quejido, que decía:

— ¡Cristo, Señor... perdóname!

Entonces Pablo se acercó á la taza de la fuente, y cogiendo agua con el hueco de la mano, la derramó sobre la cabeza del griego, que continuaba arrodillado.

— Quilón: yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén — dijo solemnemente el Apóstol.

El filósofo levantó la cabeza, tendió los brazos, y así permaneció un buen rato. La luna brillaba sobre sus grises cabellos y sobre su blanco rostro, inmóvil, como esculpido en piedra. Cantaron los gallos encerrados en las jaulas del jardín de Domicia, y Quilón continuaba en la misma actitud, cual estatua de un monumento funerario.

Al cabo volvió de su recogimiento, púsose de pie, y preguntó al Apóstol:

—¿Qué debo hacer antes de morir, señor?

Absorto Pablo en la contemplación de aquella fuerza sobrehumana, que se imponía aún á almas como las del griego, respondió:

—Tener fe y dar testimonio de la verdad.

Llegaron juntos hasta la puerta del jardín; mas allí, después de bendecido nuevamente Quilón por el Apóstol, se separaron, conforme á los deseos del primero, quien sospechaba, no sin fundamento, que el César y Tigelino habrían dado orden de prenderle. En efecto, Quilón, al llegar á su casa, la halló rodeada de pretorianos al mando de Scevino, y fué detenido al ir á entrar en ella.

El César se había retirado ya á descansar; pero el Prefecto del Pretorio estaba aguardando al griego en el Palatino.

—Has ultrajado al César—le dijo, dándole una mirada fría y siniestra—y no podrás sustraerte al castigo. Pero si la próxima noche, en el anfiteatro, declaras en alta voz, para ser de todos oído, que anoche estabas beodo hasta el punto de no saber lo que te decías, y que los cristianos son los verdaderos autores del incendio, se te impondrá solamente una pena corporal y el destierro.

—¡No puedo, señor!—respondió Quilón en voz baja.

Tigelino se fué aproximando á él lentamente, con ademán amenazador, y gritó:

—¿No puedes?... ¡Perro griego!... ¿De suerte que no estabas ebrio?... ¿Tal vez ignoras lo que te aguarda?... ¡Mira!...

Y al decir esto, Tigelino tendió la mano hacia un rincón de la estancia, donde Quilón vió, en la penumbra, á cuatro esclavos tracios armados de cuerdas y tenazas, alineados é inmóviles detrás de un banco de madera.

—¡No puedo, señor!...—contestó.

Tigelino bramaba de coraje; pero supo aún contenerse y dijo:

—¿Has visto cómo mueren los cristianos?... ¿Quieres acaso acabar de la misma manera?

Irguió Quilón el pálido rostro, tembláronle un instante los labios, y respondió:

—¡También yo creo en Cristo!...

—¡Ah, perro! ¡Indudablemente te has vuelto loco!

Y repentinamente le subió del pecho á los labios y á los ojos el comprimido furor. De un salto se arrojó sobre el griego, le cogió con ambas manos la barba, lo derribó y, pateándole, empezó á gritar, echando espumarajos de rabia:

—¡Has de retractarte! ¡Has de retractarte!... ¡si!

—¡No puedo!—respondía, rodando por el suelo, Quilón.

—¡Al tormento! ¡Dadle tormento!

Los tracios cogieron al viejo, tendiéronle sobre el banco, atáronle. Después empezaron á atenacearle las escuálidas piernas. Quilón, lejos de quejarse, de pedir clemencia, mientras los esclavos le ataban besábales las manos con transportes de gratitud; después, cerrando los ojos, quedó como muerto.

Pero vivía; y cuando Tigelino se inclinó sobre él y tornó á decirle: «Has de retractarte» tembláronle los lividos labios y salió de ellos un débil murmullo:

—¡No puedo!...

Tigelino ordenó á los esclavos suspender la tortura y púsose á pasear por el atrio. De pronto se detuvo y dijo:

—¡Arrancadle la lengua!

VI

La representación del drama *Aureolus* exigía dos escenarios, y, en su consecuencia, que los teatros y anfiteatros se dispusieran de un modo especial, lo que obligaba á restringir el espacio destinado al público. Pero después de la fiesta en los jardines del César, que tan mal había acabado para la altivez de éste, se dejó el anfiteatro tal como estaba, á fin de que pudiese contemplar la escena en que un esclavo crucificado era devorado por un oso el mayor número posible de espectadores, porque tal escena, por disposición de Tigelino, había de representarse esta vez al vivo, no como de costumbre, es decir, figurando ser el oso un actor cubierto con una piel de dicho animal.

El César había anunciado que no asistiría al espectáculo; pero Tigelino le hizo mudar de resolución, dándole á entender que después de lo acaecido en los jardines le convenía presentarse ante el pueblo, y asegurándole al mismo tiempo que el esclavo crucificado no le ultrajaría como le ultrajó Crispo. Los romanos, hartos de sangre, empezaban á sentir náuseas; y

para acallar sus murmuraciones y aplacar su hostilidad fue preciso prometerles otra distribución de billetes de lotería y de regalos, amén de una orgía nocturna para después de la representación. Esta debía verificarse de noche en el anfiteatro profusamente iluminado.

Al anoecer, la muchedumbre llenaba por completo el grandioso circo. Los augustales, con Tigelino á la cabeza, comparecieron todos, no tanto por gustar del deleite que el espectáculo les proporcionara como para demostrar su inquebrantable adhesión al César, protestando implícitamente contra el acto *desatentado* del griego. En verdad, no se hablaba de otra cosa en Roma. Decían unos que Nerón, al volver de los jardines, tuvo un acceso de cólera y no logró conciliar el sueño en toda la noche, atormentado por espantables visiones, lo cual le había decidido á emprender inmediatamente el tantas veces aplazado viaje á Acaya. Pero otros calificaban de falsos estos rumores y sostenían que el César estaba dispuesto á mostrarse aun más inexorable con los cristianos.

Sin embargo, algunos pusilánimes profetizaban que la acusación lanzada por el griego al rostro del Emperador en presencia de todo el pueblo, podría traer fatales consecuencias; y no faltaban hombres compasivos que rogaban á Tigelino, movidos por sentimientos de humanidad, que pusiera término á la persecución de los cristianos.

—Observad los resultados de vuestra conducta—decía Barco Sorano.—Queríais saciar la sed de venganza del pueblo y convencerle de que los adeptos de Cristo eran los verdaderos culpables, y habéis obtenido un efecto enteramente opuesto.

—Es muy cierto—añadió Antistio Vero.—Ahora la plebe sostiene que los cristianos son inocentes. Si á esto llamáis habilidad, no andaba des acertado Quilón al decir que todos vuestros cerebros no llenarían la cáscara de una bellota.

Tigelino se revolvió airado contra los censores, diciendo:

—No me extrañan vuestras censuras, pues también susurra el pueblo que tu hija Servilia ¡oh, Barco Sorano! y que tu mujer ¡oh, amigo Antistio! han logrado sustraer sus esclavos cristianos á la justicia del César.

—¡Mentira!—gritó Barco, presa del terror.

—Mi mujer—exclamó Antistio, no menos espantado—es blanco de las calumnias de vuestras mujeres divorciadas, que envidian sus virtudes.

En tanto, otros augustales hablaban de Quilón.

—No se explica lo ocurrido—decía Eprio Marcelo. Él fué quien los vendió á Tigelino, quien descubrió sus madrigueras; de la noche á la mañana pasó de la mendicidad á la opulencia; tenía asegurado el porvenir, y hubiera podido terminar sus días felizmente. Muerto, le habrían honrado con espléndidos funerales y hasta con un lujoso mausoleo. Pero cádate que le da por echar al suelo toda esta fortuna, sin saber por qué ni para qué. ¡Vaya! innegablemente ha enloquecido.

—Te equivocas—observó Tigelino;—no se ha vuelto loco; se ha convertido al cristianismo.

—No es posible—exclamó Vitelio.

—¿No os lo había dicho yo?—murmuró Vestinio con su habitual tono misterioso.—Matad á los cristianos, si queréis, pero, creedme, no es prudente entablar una lucha con su dios... ¡Ah, sí, sí; es muy arriesgado chancearse con él! ¡Ya lo veréis!... Aunque no sea yo quien ha prendido fuego á Roma, si el César me lo permitiese, procuraría aplacar á su dios con una hecatombe, y debieráis vosotros obrar de la misma manera; porque las burlas con esa divinidad pueden costarnos caras. ¡Acordaos de que ya os lo advertí!

—Y yo os dije otra cosa—interrumpió Petronio.—Tigelino se echó á reír cuando afirmé que los cristianos se defienden. Pues bien; ahora os añado que los cristianos vencen.

—¿Cómo?... ¿de qué manera?—preguntaron muchas voces.

—¡Por Polux! Si han logrado fascinar á Quilón, ¿quién queréis que les resista? Si acaso pensáis que después de los espectáculos no crecerá como la espuma el número de los cristianos no conocéis á Roma y obraríais cuerdamente convirtiéndolos en barberos; porque entonces sabríais mejor lo que piensa el pueblo y lo que ocurre en la Ciudad.

—¡Por las sagradas vestiduras de Diana! ¡Tienes razón!—exclamó Vestinio.

—¿Qué pretendes decir con esto?—preguntó Barco á Petronio.

—Terminaré con las palabras con que vosotros habéis empezado; ¡Basta de sangre!

Tigelino le miró con sonrisa irónica, y dijo:

—¡No! una gotita más todavía...

—¡Ah! sí; y si no te basta una cabeza, hallarás otra en el pomo de tu bastón—replicó Petronio desdefiosamente.

El diálogo fué interrumpido por la aparición del César, que venía en compañía de Pitágoras. En cuanto se hubo sentado, empezó la representación del drama, el cual no logró despertar ningún interés. Acostumbrado el pueblo á la efusión de sangre y á los martirios, fastidiábase con las escenas relativamente apacibles del drama, y con silbidos y gritos, no muy lisonjeros para la corte del Emperador, exigía que se pasara inmediatamente á la escena del oso, la única que le interesaba.

Al fin llegó el ansiado momento. Los esclavos del circo sacaron una cruz de madera bastante baja á fin de que el oso, apoyándose en las patas posteriores, pudiese alcanzar el pecho de la víctima; después salió Quilón, conducido, ó mejor, transportado por dos hombres, pues al torturarle le habían triturado las tibias. Tendiéronle apresuradamente sobre el madero y con igual rapidez lo clavaron en él: los augustales apenas pudieron verle el rostro antes de que se levantara la cruz. Cuando estuvo enhiesta, todos los ojos se fijaron en el semblante del crucificado; pero casi ninguno de los espectadores pudo reconocer en él á Quilón. Después del tormento no le había quedado en el rostro ni una gota de sangre; en cambio conservaba de ella una mancha sobre la barba gris, producida al arrancarle la lengua. Parecía mucho más viejo, decrepito. Antes echaban sus ojos miradas llenas de inquietud y de malignidad; antes se reflejaba de continuo en su rostro medrosa vacilación; ahora, por el contrario, aunque expresaba por modo indudable el interno sufrimiento, tenía sereno y dulce el semblante, como si durmiese. Y esta expresión era el reflejo fiel del estado de su alma. Consolábale el recuerdo del ladrón perdonado por Cristo en la cruz, y oraba con fervor.

— ¡Señor! — decía mentalmente — cierto, mi mordedura fué como de serpiente venenosa; pero durante toda la vida sufrí la indigencia y el hambre, y mis semejantes se mofaban de mí, me pegaban, me vilipendiaban... Fui, Señor, muy desdichado, y ahora me han dado tormento, y me han clavado en esta cruz; pero Tú, ¡Señor misericordioso!, Tú no me abandonarás en el trance supremo de mi muerte.

Y la paz descendía suavemente sobre aquel corazón contrito.

No apareció sobre los labios de ningún espectador la más leve sonrisa. Era tanta la humildad de aquel hombre crucificado, parecía tan viejo y tan débil, que provocaba en los

menos crueles un sentimiento de piedad, impulsádoles á preguntarse por qué eran torturados y clavados en cruz hombres casi moribundos. Reinaba en el anfiteatro silencio sepulcral. Vestinio, volviéndose á uno y otro lado, murmuraba al oído de los que le estaban más inmediatos:

— ¡Observad como mueren!...

Todos deseaban que saliera el oso y pusiera fin á la escena.

Por último, la fiera entró con paso tardo en la liza, y, moviendo acompasadamente la cabeza, miró en torno, como si reflexionara ó buscara algo. Luego se acercó á la cruz, levantóse sobre las patas traseras y tocó con el hocico el pecho de Quilón; pero en seguida se dejó caer, y, acurrucándose al pie del madero, empezó á gruñir cual si en su corazón hubiese hallado cabida un sentimiento de piedad por aquel despojo humano. Los esclavos del anfiteatro lo azuzaron con sus gritos; pero la muchedumbre permaneció callada.

Quilón, en tanto, levantando los ojos, esparció la mirada por el circo, y la fijó después en un punto de la última grada, suspirando profundamente. Y entonces ocurrió una cosa que dejó suspensos y maravillados á los espectadores: leve sonrisa animó el semblante del crucificado, mientras en derredor de su cabeza brillaba como una aureola; luego levantó al cielo los ojos, de los cuales brotaron dos gruesas lágrimas que le rodaron por las mejillas.

Había muerto.

En el mismo instante, en las últimas filas sonó una voz varonil, que dijo:

— ¡Paz á los mártires!

En el grandioso anfiteatro reinaba abrumador silencio.